

CAMBIOS POLITICOS Y SOCIALES EN EUROPA (I)

Hacia una sociedad europea

I

La lenta gestación de una única sociedad europea es uno de los acontecimientos más notables de este siglo. Es también uno de los más controvertidos. La mera enunciación de que existe una «sociedad europea» en incipiente formación incita a la discrepancia. Siempre es más fácil señalar diferencias, divergencias y conflictos que probar sus contrarios. A pesar de todo, tal vez valga la pena constatar hasta qué punto está surgiendo no sólo una sola estructura económica y política europea occidental, sino también una verdadera sociedad.

Nuestra historia común (en la medida en que lo es) muestra que los europeos hemos estado unidos unos a otros, y con harta frecuencia, por una *Schicksalgemeinschaft*. La expresión, que fuera tergiversada por algunas ideologías nefastas (por ejemplo, en su uso fascistoide



Salvador Giner

Es director del Instituto de Estudios Sociales Avanzados del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y profesor de la Universidad Pompeu Fabra, de Barcelona. Autor de *Contemporary Europe: Class, Status and Power* (1971) y *Contemporary Europe: Social Structures and Cultural Patterns* (1978) y, posteriormente, y hasta hoy, de un buen número de estudios europeos comparados, principalmente sobre la Europa meridional.

* BAJO la rúbrica de «Ensayo», el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje, el Arte, la Historia, la Prensa, la Biología, la Psicología, la Energía, Europa, la Literatura, la Cultura en las Autonomías, Ciencia moderna: pioneros españoles, Teatro Español Contemporáneo, La música en España, hoy y La lengua española, hoy.

En este Boletín se inicia la publicación de una serie sobre «Cambios políticos y sociales en Europa», programada con la colaboración del Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales, del Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones.

español como imaginaria «comunidad de destino») es idónea, sin embargo, para entender algo ese pasado. No lo es menos para comprender la corriente que hoy nos lleva dificultosamente hacia nuestra unificación. Las vidas de los pueblos europeos han estado enlazadas inextricablemente durante larguísimo tiempo. Ningún énfasis sobre variedades y variaciones intraeuropeas puede disfrazar el hecho de que hemos participado de la misma civilización a través de los tiempos. Una civilización que, bajo Roma, la Cristiandad medieval, el Renacimiento, la Reforma y la Contrarreforma, la Ilustración y la Revolución dual (la democrática, la industrial) ha sido compartida por casi todos los pueblos del continente, aunque de modo harto desigual. Desigual, pero siempre pertinente para definir a Europa, si no como sociedad, por lo menos como civilización de inmediato identificable.

La cuestión que ahora surge, en contraste con ese largo pasado común, es la del fin de la discontinuidad que antaño separaba el «destino compartido» que afectaba a los europeos de los demás «destinos» a que estaban sujetos los demás pueblos del mundo. Podría hoy darse el caso de que Europa esté intentando alcanzar su unión precisamente en el momento en que su distintividad esté a punto de perderse, como consecuencia de la creciente globalización. Así, las características específicamente europeas podrían hacerse más borrosas o hasta perecer a manos de la expansión de los medios sincréticos de comunicación cultural técnica, las telecomunicaciones, la interdependencia mundial, la progresiva mundialización de las relaciones sociales, los desequilibrios demográficos y ecológicos, el comercio e industria mundiales y las desigualdades sociales transnacionales. Con ello, los rasgos distintivos de los pueblos europeos, o los de Europa misma como conjunto, perderían contraste. Ello ocurriría, no porque nuestras naciones hayan sufrido la penetración de civilizaciones y culturas externas, sino más bien porque tienen que enfrentarse con el eco, por así decirlo, de su propia voz. Europa podría perder gran parte de su identidad al entrar en colisión con las consecuencias y ramificaciones de su propia dinámica histórica expansiva, tal y como ha sido relanzada y transformada por pueblos que otrora cayeron bajo su influjo o se convirtieron en extensiones más o menos directas de su proyección mundial. La «europeización» del mundo habría diluido la singularidad de la propia Europa.

La mundialización o globalización fue durante luengo tiempo una criatura exclusivamente europea. Al margen de si los europeos desearon o no exportar la modernización (y es palmario que muchos colonialistas se opusieron a ello), el capitalismo, la técnica, la

HACIA UNA SOCIEDAD EUROPEA

razón instrumental, el deseo de igualdad social, la llamada a la democracia, fueron innovaciones que viajaban bien. No costó mucho arrancarlas de las manos de las metrópolis cuando no eran los propios europeos quienes predicaban su mensaje o las exportaban adrede. Pronto encontraron estas cosas nuevas moradas ultramarinas. Dejaron así de ser europeas, salvo en los libros de historia. El caso es que la sociedad europea ya no puede definirse en términos de su propia civilización tradicional, que ahora pertenece a cualquier pueblo que se la apropie.

II

Consideraciones generales de esta índole sobre la naturaleza y condición presente de la civilización europea pudieran ser muy pertinentes para cualquier análisis riguroso del surgimiento, hoy, de una única sociedad europea. En efecto, el advenimiento de Europa como unidad política, económica y transnacional, con unas líneas de demarcación relativamente claras, dotada de una estructura y dinámica identificables, está ocurriendo hoy por primera vez en la historia precisamente cuando su propia singularidad está en duda. Pudiera ser que ambas cosas —unificación y pérdida de singularidad— se hallaran más íntimamente relacionadas entre sí de lo que a primera vista parece.

El proceso de unificación económica, política y cultural iniciado con el Tratado de Roma de 1953 se puso en marcha sólo tras una masiva pérdida de hegemonía imperial por parte de varios estados europeos, que continuarían perdiéndola en los decenios siguientes. (El último imperio ultramarino europeo, el portugués, se desmoronó en 1974, y el último continental, el ruso, lo hizo tras 1989, si bien dejando una vasta zona asiática eslavizada dentro del único estado nación que desborda, con excepciones mucho menores como es la española de las Islas Canarias, el territorio tradicional de Europa.) Los pasos formales hacia la unificación, nunca fáciles, fueron dándose cuando tanto el Movimiento Europeo, difuso pero importante, como muchas tendencias socioestructurales de los diversos países, habían creado ya las condiciones previas para que tuvieran un cierto éxito. El proceso de unificación continúa hoy, pero, como muestran las turbulentas consecuencias del Tratado de Maastricht de 1991 o la negativa noruega a incorporarse a la Unión, en 1994, su avance seguirá siendo dificultoso, aunque nada indica que tenga que cesar.

Fue, pues, la debilidad estatal, y no el poderío, lo que forzó a políticos, intereses económicos y corporativos, sindicatos y movimientos sociales a aceptar la senda incómoda de la unidad. Mirando hacia atrás, parece obvio que las corrientes que conducían hacia una sociedad europea única no hubieran conseguido, por sí solas, precipitar el movimiento incipiente que hoy se detecta hacia la pérdida parcial de soberanía y la integración genuina. Sólo una condición compartida de pequeñez de mercado, pérdida de competitividad económica frente a otras potencias, debilidad militar, la amenaza soviética en los decenios siguientes a la II Guerra Mundial, y demás factores igualmente poderosos, consiguieron, todos juntos, socavar los recursos, en apariencia inagotables, de los defensores del estado tradicional.

A despecho de todo ello, los briosos enemigos de la unidad europea la han hecho y la están haciendo bien difícil. Siempre han poseído incontables aliados entre sus respectivas ciudadanías, pues las viejas naciones europeas continúan suscitando enorme lealtad por parte de sus ciudadanos. Todavía hoy casi ningún italiano, danés, alemán, francés, escocés, polaco, español llamará a Europa su patria. Ello presta credibilidad a la noción equivocada de que una Europa federada y fuerte es enemiga de la nacionalidad de cada cual.

A pesar de la contundencia del nacionalismo y la lealtad nacional, la disminución de la especificidad y la independencia europeas ha dado fuerza a la integración societaria, y no sólo a la política y la económica. No es algo que sea tan identificable como lo son otros factores, pero debe contarse entre los que han roto la resistencia a la creación de una sola sociedad en este continente. Del mismo modo que la ansiedad generada por toda amenaza a la identidad étnica de un pueblo refuerza el nacionalismo, la pérdida de la distintividad europea ha engendrado una preocupación por su supervivencia. A su vez, tal temor ha aguijoneado el surgimiento de un «nacionalismo europeo», o «europeísmo», como nueva expresión de compleja identificación colectiva. Aunque sea más suave y menos exigente que el «nacionalismo nacional», el europeísmo exige —como cualquier otra forma de nacionalismo— sus propias pleitesías, piedades públicas, símbolos sacros y lealtades explícitas. Exige también su incorporación en instituciones políticas dotadas de autoridad efectiva y poder real. Bruselas y Estrasburgo lo tienen ya en creciente medida.

III

Es poco menos que imposible definir lo que sea una sociedad, y mucho menos cuando es tan vasta y compleja como la que mora en

HACIA UNA SOCIEDAD EUROPEA

el marco de un gran estado o en un imperio. Cuando se habla, como en este caso, de la naciente «sociedad europea», la cosa es aún más ardua. Una sociedad vasta y compleja sería aquel ámbito englobado por un aparato que se atribuye soberanía —el de la Unión Europea, aunque sea una soberanía compartida con sus estados miembros— en el que existe una sola ciudadanía, una masa crítica legislativa común y una clara interdependencia de los grandes fenómenos sociales. Esto último es lo que, crecientemente, está ocurriendo en Europa occidental. Piénsese, por ejemplo, en el mercado de trabajo: a pesar de las fuertes diferencias regionales que lo caracterizan —y que ocurren también dentro de sus respectivos países: Italia o Inglaterra son prueba de ello—, es único, o tiende claramente a serlo. Por su parte, la inmigración del mundo periférico hacia Europa afecta a todo el continente. Las pautas demográficas, de parentesco, fertilidad y cohabitación muestran notables convergencias; lo mismo ocurre con los niveles de vida, sobre todo si se comparan zonas parecidas: urbanas con urbanas y rurales con rurales, industriales con industriales, y así sucesivamente. La evolución de los sindicatos —obreros o profesionales— y la desideologización progresiva de los partidos muestran ambas importantes continuidades transnacionales. Por último, la europeización de la ciencia, la tecnología y el saber, y la desnacionalización progresiva de gran parte de la cultura —desde la composición musical hasta la pintura y la escultura— son lo suficientemente pronunciadas para que el neotribalismo que ha aparecido como reacción contra ella no permita ocultar el fenómeno. Muchas veces los esfuerzos de diferenciación interna no son sino el homenaje que el particularismo, el localismo y el tribalismo rinden a una nueva identidad común demasiado amplia.

El peligro de la complacencia acecha siempre a quienes se suman a una opinión consensual. Por ello, es importante recordar que coincidir con el acuerdo muy extendido que existe hoy sobre la formación de los rudimentos de una sociedad europea no tiene por qué ir acompañado de un juicio favorable sobre todos los resultados. La pobreza en medio de la prosperidad, la incapacidad de poner fin a una guerra como la de Bosnia dentro de la misma Europa, la calamidad de la xenofobia y el racismo, la corrupción política, la desigualdad injusta, el paro, la insolidaridad con las demás gentes del mundo, la permanencia y crecimiento del hampa, son sólo algunas de las varias características compartidas que parecen formar parte, asimismo, de la integración social europea. Los pueblos europeos se unen o convergen entre sí también de maneras que son indignas de su civilización.

La convergencia política, socioestructural, educativa, cultural y jurídica entre los europeos solía entenderse como un paso adelante que confirmaría la posibilidad del progreso. Una sociedad europea única era concebida, por sí sola, como algo intrínsecamente mejor que un mero repertorio de sociedades distintas, enmarcadas en estados con intereses diversos y hasta mutuamente enfrentados. No obstante, ahora que empezamos a acercarnos a esa unidad, nos percatamos de que el resultado no es siempre mejor que lo que teníamos. Hecha esta salvedad, se impone recordar que la construcción popular deliberada de una sociedad europea única se ha hallado anclada, siempre, en un anhelo de progreso y democracia. (Los esfuerzos imperiales para crear una unidad política europea, desde Carlomagno a Hitler, concebían la unidad sólo en términos de dominación bajo un solo mando despótico, y nunca como una única sociedad de gentes libres e iguales.) Precisamente por ello la pobreza de los resultados hasta ahora logrados podría invitar a una cierta melancolía. Una melancolía que podría conducirnos al cinismo si hubiéramos de olvidar la admonición de Weber sobre la naturaleza de las grandes corrientes históricas: su triunfo es siempre incompleto y con frecuencia produce efectos que son exactamente lo contrario de lo que al principio se deseaba.

Hemos sido, pues, avisados. Ser conscientes de la paradoja weberiana no significa, sin embargo, que tengamos que aceptar la imperfección de Europa como algo inevitable y final. Al contrario, la advertencia del sociólogo debería inspirar a los europeos a ampliar su ciudadanía sin perder su profunda adhesión a sus lealtades étnicas ni su inveterado cariño por la diversidad.

Nuestras tribulaciones actuales no deben llevarnos al desánimo ni a una interpretación meramente utilitaria de la unidad europea. Esta requiere paciencia y tozudez, templadas siempre por un sentido de la ironía. Por ello constatar el embrión de una única sociedad europea no significa saludar su plenitud: estamos de ella muy lejos. En todo caso, debemos superar los escollos que encontramos en la senda que lleva a una única sociedad con la misma determinación con que otros comenzaron a construir Europa bajo condiciones peores que las nuestras, en medio de las ruinas de nuestra última y salvaje conflagración interna, hace medio siglo. Les inspiró el deseo de que nunca más volviera a ocurrir barbarie semejante sobre el solar de esta antigua y milagrosa civilización que nos sostiene. Nuestro imperativo debe ser el de forjar una verdadera ciudadanía europea que nos funda en una sola «politeya» de gentes civiles y solidarias, por muy distintas que sean nuestras lenguas, naciones y convicciones. □